

Diablotexto *Digital*



FERNANDO ARAMBURU: *PATRIA*
Barcelona: Tusquets, 2016, 648 pp.

FERNANDO VALLS
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA

En el caldero de las brujas

Cuando se recuerden las grandes atrocidades que han ocurrido en el siglo XX, se verá que lo peor no han sido las fechorías de los malvados, sino el silencio de las buenas personas.

Martin Luther King

La historia que se cuenta en esta novela debía de llevar gestándola el autor desde hace tiempo, hasta que ha encontrado el momento propicio y se ha sentido capaz de relatarla. Algunas de sus obras anteriores, *Los peces de la amargura* (2006), el cuento “Chavales con gorra”, de *El vigilante del fiordo* (2011), la novela *Años lentos* (2012), o los aforismos que luego citaremos, podrían leerse como anticipos, si bien Aramburu ha precisado que en los cuentos de 2006 se centró en referir las vivencias de las víctimas, mientras que en esta nueva novela teje un matizado tapiz sobre el conjunto de la sociedad vasca.

Me parece que las narraciones citadas, aunque no se haya planificado así, podrían formar un ciclo sobre el terror que generó el nacionalismo radical vasco y sus tibios cómplices, menos radicales pero también dañinos. En este mismo sentido, el ciclo podría leerse también como la continuación de *Verdes*



valles, colinas rojas (1986, y 2004-2005), de Ramiro Pinilla, cuya trama concluye en los años sesenta, precisamente cuando arranca el relato de Aramburu.



Como el autor ha explicado en diversas entrevistas, y de manera pormenorizada en un texto inédito, “*Patria* en el taller”, que ha tenido la gentileza de enviarme, la novela tiene su origen en dos imágenes que se convirtieron en estímulo: la de una mujer a quien ETA le ha asesinado a uno de sus seres más queridos, cuyo único deseo es que le pidan perdón para poder morir en paz; y la imagen de dos mujeres ancianas que se abrazan en la plaza de un pueblo. Esta última, que aparece en el desenlace del relato, acabaría convirtiéndose en el motor que alimenta la trama.

La historia que se desarrolla con numerosas ramificaciones, ocupándose hasta de tres generaciones, aunque la más joven tenga mucha menos presencia, está contada por un narrador omnisciente, externo, que a menudo les cede la voz a los personajes, valiéndose del estilo indirecto libre; por tanto, se cuenta desde una perspectiva múltiple. El libro se compone de 125 breves capítulos armados como si se tratara de un puzle, con constantes saltos en el tiempo, de tal forma que cada uno de los personajes protagonice por turnos episodios que no deben superar los cuatro capítulos, ni estos las ocho páginas de ordenador, según explica el autor en el inédito citado. El punto de partida es el anuncio por parte de tres encapuchados de ETA, el 20 de octubre del 2011, del alto el fuego, con más de ochocientos asesinatos en su haber, tras lo cual aquella mujer que había perdido a su marido decide volver al pueblo en busca de respuestas,



mientras que otra vecina se indigna porque no se ha conseguido la liberación de Euskal Herria y los presos siguen en la cárcel.

La acción transcurre en un pueblo que no se nombra (¿Hernani?), situado cerca de San Sebastián, ciudad donde también acontecen algunos episodios. Se trata de una pequeña urbe industrial en la que el nacionalismo ha arraigado con fuerza. El relato está protagonizado por dos familias compuestas por nueve personajes: ocho de ellos con una presencia similar en la trama, mostrando de forma equilibrada los diversos avatares de sus existencias problemáticas; al tiempo que el noveno, el Txato, es un tozudo empresario asesinado durante un día de lluvia, quien aunque desaparezca pronto, no deja de estar presente en la mente de casi todos los demás. Las familias están formadas, la una por Bittori, la madre, junto al Txato y sus hijos Xavier y Nerea; y la otra por Miren, la madre, Joxian y sus hijos Arantxa, Joxe Mari y Gorka, cuyos apellidos ignoramos. Habían mantenido una estrecha amistad hasta que algunos de sus miembros acaban odiándose por motivos políticos. La excepción más notable es Arantxa, una joven separada de su marido y que se queda parálitica tras sufrir un ictus.

Del resto de los personajes, destacan dos, compuestos con tintes barojianos: el cura, don Serapio, y Patxi el de la Arrano Taberna, “el amo del cotarro *abertzale* del lugar”, quienes compiten en afán de manipulación y en maldad (pp. 348-350 y 447). Por medio del primero, que encima padece halitosis, el autor pone de manifiesto el papel que desempeñaron algunos sacerdotes católicos en la siembra del fanatismo (pp. 313 y 314), en la defensa de la lucha armada, o en la justificación de los asesinatos, llegando incluso a hacer de intermediarios en las extorsiones de ETA, con la tibieza y complicidad del obispo Setién a la cabeza. Y a este respecto, el autor ha recordado en una entrevista (*El País*, 2 de septiembre del 2016) que el funeral de Txomin Iturbe, cabecilla de la banda, lo oficiaron en Mondragón nada menos que cinco sacerdotes.

El caso es que la novela podría leerse como la historia de dos familias amigas que acaban chocando por diferencias políticas y humanas. Pero más que en los avatares políticos, suficientemente conocidos, Aramburu se centra en las experiencias vitales de los personajes. Así, la trama se desenvuelve sobre todo en torno a las peripecias de unos pocos de ellos: los dos ausentes, Txato y el



joven Joxe Mari, miembro de ETA; las madres de las dos familias, Bittori y Miren; y las relaciones conflictivas que ambas mantienen con Nerea y Arantxa, sus respectivas hijas. Podría añadirse, además, que en la novela se contraponen el matriarcado que ejercen esas mujeres fuertes, ancestralmente vasco, según antropólogos como J. L. Ortiz-Osés y F.-K. Mayr, a la debilidad de los hombres, quienes resultan más cachazudos y pusilánimes, sobre todo Joxian, obrero en una fundición, que —tal y como afirma el narrador— “no pintaba nada” (p. 433). Ellos encuentran su lugar de refugio y libertad en las tabernas, jugando al mus; en las sociedades gastronómicas, exclusivamente masculinas; cultivando algún deporte, en este caso el cicloturismo; o desfogándose en los partidos de la Real Sociedad. Pero las riendas de la familia, de la casa, las llevan las mujeres.

Todos los hijos, cada uno a su manera, tienen protagonismo. Arantxa, uno de los personajes más logrados, es una joven desgraciada en su matrimonio a la que una enfermedad la deja casi paralizada. Pero esas graves contrariedades, a pesar de lo mucho que le cuesta expresarse, para lo que tiene que utilizar un iPad, la hacen más lúcida y comprensiva. Quizás ella sea el motor que ponga en marcha la reconciliación de los demás. Por su parte, Joxe Mari se convierte desde muy joven en el terror de su propia familia, aun cuando su lenta humanización supone uno de los mayores aciertos de la novela, tras perder su juventud en prisión, mostrarnos el espejismo de una precaria vida sexual en la cárcel, el vis a vis con Aintzane, y el no haber alcanzado su sueño de jugar en el Barça de balonmano, deporte para el que parecía dotado. Diecisiete años después del comienzo de sus fechorías, parece convencerse de los graves daños que ha causado. Su hermano pequeño, Gorka, resulta un ser completamente distinto, pues se transforma en un lector empedernido y desea ser escritor, utiliza el vascuence, si bien para ello necesita distanciarse del fanatismo de la madre y del hermano (“mujer de hierro”, se la llama; mientras que ella nos dice que su hijo Joxe Mari “es de hierro, no hay quien lo doble”, pp. 470 y 563) y alejarse del pueblo, huir del ambiente *abertzale*, con el fin de poder llevar la vida que desea, aceptando su homosexualidad y llevando una existencia normal en pareja.



Si nos centramos ahora en la familia de la víctima, Xabier, el hijo mayor, es médico, pero desde que asesinaron a su padre cree que no merece ser feliz, quizá por ello fracase la relación con Aránzazu. No en vano, su hermana lo llama *el doctor Triste* (p. 396). Esta, Nerea, no tiene inconveniente en jalearse a ETA para no destacar entre el rebaño, si bien cuando su padre advierte que puede correr peligro la aleja del País Vasco, mandándola a estudiar a Zaragoza, donde la vida le resultará más fácil. Tras el asesinato de su progenitor decide negar a su familia, aunque conforme avanza la trama, como les ocurre a otros personajes, consiga humanizarse.

En suma, Aramburu se vale de unos personajes llenos de aristas, fieramente humanos en sus infinitas contradicciones, y por tanto verdaderos, pues consiguen unas veces indignarnos y otras emocionarnos, al tiempo que nos hacen reflexionar sobre su conducta o manera de pensar. E incluso en el importante capítulo 109, toda una declaración de principios, el escritor aparece impartiendo una conferencia, a la que asisten Nerea y Xabier, donde nos explica por qué ha ficcionalizado la historia del terrorismo vasco, y los peligros que debería sortear este tipo de relatos.

La lengua, por su parte, adquiere en esta novela una especial relevancia, primero porque el autor singulariza a los personajes por su manera de expresarse, teniendo en cuenta su condición social y nivel de instrucción. Así, varios de ellos utilizan el peculiar castellano coloquial que hablan los vascos euskaldunes, con el baile de tiempos verbales que le es propio, sustituyendo el pretérito imperfecto de subjuntivo por el condicional, como ha señalado Mainer en la reseña dedicada a la novela (“Patria voraz”, *El País*, 2 de septiembre del 2016). Pero, además, Aramburu matiza los registros lingüísticos del narrador reduplicando algunos conceptos, al ofrecer alternativas (entre otras, en las pp. 44, 198, 216, 282, 353 y 580).

En fin, podría afirmarse que la batalla por que el relato se decante hacia uno u otro bando, se da también en el terreno conceptual, en el uso de ciertas palabras, tales como *perdón* (según el autor, la columna vertebral de la novela), *terrorismo* en vez de la voz eufemística *conflicto* (p. 431), *verdugos* en lugar de *victimarios* (p. 533), mientras que los *asesinatos* se convierten en *defunciones* y



España en el Estado español (p. 452), o en el empleo de expresiones como: lo que “ha pasado” (por lo que “nos han hecho”, p. 35). En la novela, Joxe Mari recuerda la máxima que le inculcó su instructor en ETA: “no asesinamos, ejecutamos” (p. 282). Y, por último, llama mucho la atención, también se ha fijado en ello Mainer, que los nombres familiares, incluso entre los castellanohablantes, sean en vascuence (*aita, ama o amatxo, aitona, amona, osaba...*). En suma, Aramburu intenta poner de manifiesto los eufemismos *abertzales*, cómo a veces los conceptos que utilizan están cargados de hipocresía, como cuando se afirman que “ETA no mata sin causa” (p. 460), o que “algo habrán hecho”.

Resulta también significativo el espacio, pues el pueblo donde transcurre la acción, en el que todos se conocen y nadie puede salirse de la fila, es como una ratonera, otra cárcel. Así, son gregarios si no se quiere ser excluido de la tribu, tal y como les ocurre al Txato y a su familia. Y algo semejante sucede con la ciudad, la taberna, la iglesia y el lugar de trabajo. Ni siquiera la calle, tomada por los *abertzales*, es un espacio de libertad. Se trata, por tanto, de lugares opresivos, tribales, donde la familia, la taberna y la cuadrilla dictan las rígidas normas a seguir, alentando el fanatismo, marginando a los que no hablan euskera, a los que “no son de aquí” (p. 344). Por ello, Xabier y Gorka acaban marchándose.

Aun cuando se presenten algunas de las atrocidades cometidas por ETA y sus cómplices, tales como el asesinato en Rentería de Manuel Zamarreño, concejal del PP (pp. 428-430 y 571); aparecen también los atentados de los GAL, los violentos registros de los pisos y las torturas en el cuartel de Intxaurren, e incluso sus asesinatos, como el del conductor de autobuses Mikel Zabalza en 1985 (p. 242). No se trata tanto de ser equidistantes, cuanto de mostrarnos la complejidad de los hechos, los matices de la realidad, de la verdad tal y como fue, con toda su aspereza. En definitiva, Aramburu observa la realidad con los ojos bien abiertos, sin anteojeras, y con semejante libertad nos lo cuenta en *Patria*. Al final, es imposible no formularse la siguiente pregunta: y todo ello ¿por qué, para qué? ¿Por la independencia del País Vasco, ese mundo idílico donde solo tendrían cabida los hablantes del euskera, los nacionalistas vascos?



Toda la historia parece escrita para el desenlace, el momento en que aquellas dos viejas amigas se abrazan, aunque se trate de un gesto breve y silencioso, tras años de rencor, durante los cuales la familia de Miren se refería a Bittori como “la loca” (pp. 453, 457, 511) y esta a Joxé Mari como “el idiota” (p. 611).



Pero al igual que en el célebre cuadro de Juan Genovés, se impone el abrazo esperanzador, otro de los gestos simbólicos que aparecen en la novela, ya que como reza un par de pensamientos aforísticos de Aramburu: “Lo contrario de una patada en el vientre no es un patada en la cabeza o en la espalda. Lo contrario de una patada es un abrazo” (“Pequeña magnitud”, *El País*, 15 de mayo del 2010); “El terrorista mata y el que lo aplaude remata” (“Pequeña magnitud”, *El País*, 26 de abril del 2008).

Esa pintura de Genovés podría haber sido la cubierta del libro, aunque me gusta mucho la foto menos obvia de la silueta de un hombre con un paraguas rojo bajo la lluvia, pues rojo era —nos lo ha advertido el autor— el que llevaba el periodista José Luis López de la Calle cuando lo asesinó ETA. Recuérdese, además, la semejanza con la cubierta de *Años lentos*. Ese paraguas rojo resulta tan simbólico como el geranio —“mi bandera” (p. 111)— que coloca Bittori en el balcón de su casa en el pueblo, cuando decide regresar, a pesar de la hostilidad que le muestran sus vecinos.

Nadie que conozca la obra de Fernando Aramburu ignora la especial querencia del autor por la técnica literaria, así que no debería extrañarnos el



acierto que supone la elección de una estructura que facilita y aligera la lectura, el tono y las variaciones de la lengua que introduce, a las que ya nos hemos referido. En suma, lo bien urdida que se halla la trama, pues apenas le deja respiro al lector, dosificando con maestría la tragedia y el humor, la maldad y la bondad, hasta conseguir emocionarnos. Respecto al humor, siempre presente en sus obras, puede verse, por ejemplo, el desenlace del capítulo 23, o el comienzo del 52, cuando Arantxa le comenta a su hermano Joxe Mari que le habrán “zurrado de lo lindo y de lo galindo” (p. 250), en alusión al apellido del general que mandaba Intxaurreondo. Pero tampoco falta el componente tragicómico en los monólogos de Bittori ante la tumba de su marido, en el cementerio de Polloe, y los que Miren (una lady Macbeth vasca; y según sus nietos, la *amona* mala, p. 433) le espeta a San Ignacio de Loyola en la iglesia del pueblo, cuyo antecedente serían los monólogos de Maritxu, madre de Joxian, un preso de ETA, en un cuento recogido en *Los peces de la amargura*.

Creo que *Patria* es una de las grandes novelas españolas del siglo XXI, una ambiciosa narración en la estirpe de las de Tolstoi, Galdós, Baroja, Max Aub, Ramiro Pinilla o Rafael Chirbes. Pero es que, además, con libros como este — que nos permiten entender mejor lo que ocurrió en el País Vasco durante los años de plomo— parece estar más cerca la desactivación del relato heroico de ETA y de sus adláteres, su derrota en el terreno literario.